

Discurso del señor Rector de la Universidad Nacional de Córdoba (*)

Ing. Rodolfo Martínez

He de abstraer mi espíritu a la natural sugestión de profundizar en el desarrollo histórico de los estudios jurídicos en esta Casa, en el sentido preciso de sus alcances y en su diversificación progresiva, porque hay quien habrá de hacerlo con acierto singular y versación especializada; pero mi palabra no tendría el alto significado que le asigna la responsabilidad de esta tribuna y la exigencia de mis funciones si no afirmara que este acto es algo más que un homenaje a la Facultad de Derecho. Esta Asamblea Universitaria de tan calificados componentes, prestigiada por la presencia y la palabra del señor Ministro de Instrucción Pública, profesor eminente y hombre de gobierno; del señor Ministro de Obras Públicas de la Nación, del señor Gobernador y demás autoridades todas de la Provincia, del Jefe de la Iglesia de Córdoba, del señor General que comanda una División de Ejército, y a la que para darle mayor relieve y brillo, asisten representantes tan destacados de universidades y academias nacionales y embajadores de países amigos de América, es la manifestación del más alto

(*) Pronunciado con motivo del sesquicentenario de la Primera Cátedra de Instituta, el 22 de agosto de 1941

respeto que esta Universidad centenaria tributa y profesa al derecho en sí, no sólo como expresión de ciencia sino también, y principalmente, como norma superior de conducta que debe orientar y regir la vida de los hombres y las relaciones de los pueblos.

Y bien está la afirmación rotunda en la Universidad de Fray Fernando, cuyos hijos espirituales estuvieron en el Cabildo del 22 de Mayo, prestigiaron la Asamblea del año 13 y el Congreso del 16, ilustraron la Constituyente del 53 y contribuyeron a sellar la unidad de la Nación en la Convención Reformadora del 60.

Y bien encuadra en esta hora de confusión y angustia una afirmación categórica y de democrática argentinidad de esta Córdoba, que al decir de un orador magnífico que le cantara sus glorias, "es altura geográfica y sociológica, donde parecería enlazarse mejor todo cuanto vamos dejando atrás y todo lo que ambicionamos ver adelante".

Hay ciudades que tienen suprema energía de perduración y son "construidas de una vez y para siempre", ha dicho con aguda penetración Ortega y Gasset; pero hay fundaciones que tienen más perduración que las ciudades, porque llevan en ellas mismas el sentido de lo espiritual, porque son destinadas a pasar de unas almas a otras en una sucesión sin término, no como las creaciones materiales que el tiempo batalla, que si a veces se mantienen y vencen en el combate de los siglos, es sólo porque la inteligencia les infundió un hálito de su propia vida, constituyéndolas en término de su acción o signo de sus anhelos.

Los tiempos muertos han palpitado con sangre y vísceras humanas, señala Rodó en su prosa galana, y, a veces, añade, permanece el recuerdo como "en el vaso en que agotado el licor, ha quedado su esencia". Esta es la historia de los hechos y el sabor de las cosas. Aquéllos gravitan sobre la voluntad como una enseñanza; éstas indican en el camino,

el esfuerzo por una mejora o marcan el rastro de un empeño fecundo de superación. Por eso es el arte que aspira a subsistir en la serenidad inmutable de la belleza; por eso es el héroe que anhela a vivir en la perpetuidad sin eclipse de la gloria.

Pero hay algo más permanente y más bello que las creaciones del arte, que su modelo magnífico, la naturaleza, y aún que la hermosura heroica: es el espíritu del hombre y su continuidad luminosa.

Las rocas envejecen porque no se suceden en ansias y perfeccionamiento. Las ciudades en sus horas de luz, son envueltas por el progreso que en su avance las mejora, pero con frecuencia sus caracteres originarios se desvanecen; es la paz que se esfuma con el ritmo que se acelera; es ya el no vivir sin ruido y sin prisa, copiando la serenidad de la madre común; es la era del fragor de industria, rumor de muchedumbre, conmociones profundas con que se hacen presentes los nuevos problemas, y a veces hasta el choque de las armas porque parece poco el chocar de las ideas; se olvida el refugio de la soledad, se pierde la placentería y se muere en el silencio.

En otros casos las viejas construcciones se agotan también como los esfuerzos y el hombre vuelve a ellas sólo para estudiar en sus páginas de piedra el sentido profundo de la historia humana.

Más permanente que los hechos que pasan y que los recuerdos que quedan, son las fundaciones espirituales por excelencia, en que el hombre, olvidando su individualidad entrega a su sucesión en el tiempo y a los que le sigan, la tarea suprema de enseñar y aprender. Construcciones que pueden ser eternas porque siempre tras "el invierno de los maestros que se van, aparecen como floración de primavera las juventudes de los nuevos que llegan; vocación suprema porque es la de conducción de almas", según la fra-

se de Darío; obra del pensamiento por encima de los tiempos y las heredades, comunidad de la inteligencia y aproximación de las generaciones por su mejor conocimiento; verdaderas ciudades de las almas con blasones, de desinteresadas virtudes; únicas creaciones que llevan en sí, con la nobleza originaria que las distingue, algo de la esencia eterna de los espíritus.

Así fueron las escuelas de Carlo Magno y las academias posteriores de Alfredo el Grande, así las escuelas monásticas del Siglo XI, famosas sobre todo en Francia, Italia y Suiza, que se transformaron algunas de ellas en universidades en el Siglo XII como en París, Salerno y Bolognia. Así las fundaciones universitarias de los Siglos XIII y XIV que señalan el renacimiento de Salamanca, Montpellier y Lisboa en el primero, mientras que en el segundo se incorporan a la más alta jerarquía de los estudios Roma, Pavia y Ferrara, Heidelberg, Praga y Colonia. Hermosas creaciones de la inteligencia que van encendiendo en Europa nuevas luces y que aunque no ajenas a los períodos que ensombrecen la historia de los pueblos, siempre significan los reductos en que el pensamiento puede servir a la humanidad o desplegando sus alas cuando la libertad lo permite, o plantando las semillas que han de germinar luego y aparecer como eclosión magnífica cuando la luz estimula su vida y aleja el imperio de las sombras.

Así nació la Universidad de Córdoba, por inspiración generosa de un pastor de almas que resultó también con el andar de los siglos y por la expansión continuada de su creación fecunda, un verdadero sembrador de ideas.

Y la fundación fué hecha en la Colonia, que era apacible en la vida y severa en las costumbres; tal vez las pasiones también hacían sentir su presencia en el cuadro cerrado de la ciudad, pero habrían de domarse ante la mansedumbre de las cruces o la ternura infinita de los ángeles

en los atardeceres; no sé si sus habitantes, como dijera el poeta de otros hombres, "amaban el terruño como un pedazo de su corazón y participaban de la vida robusta y plácida de los animales y las plantas, fuertes y serenos, confiados a la mano generosa del Señor", o si como apuntara un filósofo refiriéndose a los ermitaños de la otra Córdoba española, eran "bebedores de soledad y grandes entendidos en sosiego". Pero sí, es seguro que de su montaña habían de llegarles aires de paz, y si la otra Córdoba andaluza prolongaba su añejo sopor en brazos del Guadalquivir, esta Córdoba de la Nueva Andalucía soñaba en su porvenir recostada sobre sus barrancas y mirando sus estrellas.

Y así fué como en ésta, "la ciudad noble de la Colonia" como la llamó Groussac, el fraile obispo "plantó su tienda y encendió su antorcha". Las enseñanzas fueron de acuerdo a las de su tiempo, y aunque la crítica, a veces implacable, ha pretendido señalar en ellas un período de escaso valor cultural y de deficiente formación científica, hay sin duda ligereza excesiva en la apreciación, pues parece se olvidara que fué exponente del pensamiento que se enseñaba las doctrinas del Angélico, que éste condensó en sus obras todo un sistema filosófico haciendo una reelaboración crítica del pensamiento aristotélico.

Aún hoy perduran las enseñanzas y para muchos pensadores contemporáneos, es tal el valor intemporal de sus concepciones, tal la universalidad con que reduce el pensamiento pagano en la síntesis cristiana, que respecto a la vivencia actual de su doctrina ha podido exclamar el talento luminoso de Jacques Maritain: "No pretendemos incluir el pasado en el presente, pero sí mantener en el presente la actualidad de lo eterno".

Si es evidente que las ciencias naturales eran estudiadas con marcada deficiencia, tengamos presente que aún hoy

asistimos a la rectificación de hipótesis científicas tenidas por seguras; que la geometría vacila ante las afirmaciones no-euclidianas, que el estudio de la materia tiene un límite en el que se torna estéril, según la indeterminación proclamada por Heisenberg, que la mecánica ondulatoria disputa con la clásica, que la física cuántica nos coloca en un comienzo penoso, y que el microscopio electrónico parece moderar la soberbia de la biología para ubicarla entre las ciencias incipientes.

No es de extrañar, pues, que las aseveraciones en este campo, orientadas según las enseñanzas del discípulo de Platón, fueran vencidas o quedaran en atraso ante los descubrimientos nuevos que marcaban y marcan el esfuerzo victorioso de los investigadores.

Pero cuando el espíritu pretende volverse sobre sí mismo en el más profundo de sus análisis, cuando no satisfecho con tener la seguridad científica de lo que conoce aspira a saber cómo conoce, cuando en el ansia de comprender el sentido esencial de la creación artística o poética procura indagar más allá que el análisis superficial de sus propias emociones, cuando en el estudio de las virtudes o pasiones colectivas que se exteriorizan en el hombre en su vida de comunidad, aspira a entender los fenómenos de orden social y aún la practicabilidad de los sistemas que los encarnan, moderan o exaltan, entonces en aquella época como ahora, el genio de Aristóteles se hace presente en toda la magnificencia de su fortaleza, sus enseñanzas recobran actualidad y son permanentes, como son permanentes los sentimientos que agitan el alma humana, y las palabras de Donoso Cortés asumen la expresión de una verdad conmovedora: "colocado en medio de las sociedades, dice, las sigue atento en todas sus transformaciones, las estudia en su estado febril y en su estado de reposo, analiza cuidadosamente las causas de su progreso y

las causas de su decadencia y salvando el espacio y abarcando el tiempo, hace comparecer delante de sí a las sociedades que nacen, a las sociedades que progresan y a las sociedades que se extinguen”.

Y guiado por tales pensadores y por Juan Escoto el sutil, y por Suárez el docto y el eximio, maestros y alumnos afrontaban la valoración crítica de los nuevos sistemas.

Descartes, no fué ignorado: su duda metódica inicial, su “cogito ergo sum”, que fundamentara su filosofía había llegado al huerto que no fué cerrado de los Aristotélicos y Tomistas, si bien fué recibido con los reparos que se imponen a las cosas que traen acentos de modificaciones profundas, fué admirado en su geometría y analizado en la fuerza poderosa de sus razonamientos.

Los estudiantes de Córdoba, se ha dicho, mencionaban frecuentemente los nombres de Descartes y San Agustín, para traer a éste en apoyo de aquél. Y este acercamiento de doctrinas que creían encontrar los estudiantes de la universidad colonial, ha sido señalado modernamente por Gilson y reafirmado por Papini en su introducción magnífica a la Ciudad de Dios. Malebranche llegó a señalárselo en documentos que fueron presentados como tesis doctorales como “el filósofo cuyo mérito no puede ser superado por toda la antigüedad”; ni Leibniz, ni Newton eran desconocidos y se nota por la vehemencia de la crítica que se tenían noticias ciertas de Juan Jacobo y que se había sentido contacto con el escepticismo irónico de Voltaire.

Fué en este ambiente de rigurosa exigencia razonadora donde en 1791 hizo su entrada el derecho profano con la cátedra nueva de Instituta. En ella debían analizarse no sólo las instituciones de Justiniano, sino también las concordancias y discordancias que ellas tuvieran con el derecho real español, según lo estableció Arredondo expresamente

en las disposiciones que consagraron el estudio de la nueva disciplina.

Justiniano entra así en el recinto de los filósofos y los teólogos a competir en las preferencias vocacionales de los estudiantes. Trae el pensamiento suyo y el de los sabios colaboradores e inspiradores de su obra inmortal; le acompañan los Tribonianos y Teófilos, los Doroteos y Paulos, los Marcianos y Modestinos, el definidor Ulpiano y el celebrado autor de las respuestas cuyas "frases rigurosas" al decir de Avellaneda, se aprecian en la Instituta con el sello personal del jurisconsulto excelentísimo. Alfonso y sus Partidas se harán presentes, el derecho español aparece representado por las leyes de Toro que apuntan ya un sentido democrático que complementan el ordenamiento de Burgos y Segovia, de Toledo y Sevilla, y perfeccionaron el de Alcalá, el cual al apartarse del derecho foral consagró la vigencia definitiva de la legislación alfonsina. Los comentaristas del maestro Gómez y el Vinnio Castigado del Pavorde Sala, serán los textos iniciales que ayudarán a Victorino Rodríguez, cuyo nombre y recuerdo, como primer maestro y animador de la nueva cátedra, no estarán ausentes en los anales universitarios, aunque su vida ennoblecida por una auténtica vocación debió truncarse, en holocausto a la patria naciente, en la histórica tragedia de Cabeza de Tigre. Paralelamente continuarán dictándose los cursos del Canónico bajo la inspiración de Graciano, Gregorio IX y Bonifacio VIII y servirán para su estudio los decretales de los Pontífices y los textos de los Concilios. La nueva corriente se inicia; es el manantial que brota en la roca firme del cimiento profundo; sus aguas puras habrán de expandirse por América toda para fertilizar la tierra en la época cercana ya de las grandes siembras, y que años más tarde fructificarían en la magnificencia gloriosa de la epopeya triunfal.

En 1807 es elevado el Deán Funes al cargo de Rector y en 1813 aparece con su plan conmoviendo el régimen de los estudios: es un revolucionario en la política, es un reformador en la Universidad, es un ortodoxo en la doctrina. Remoja la estructura universitaria, crea cátedras de matemáticas, señala rumbos en los estudios de la filosofía, rinde pleitesía a la ciencia teológica, impone la ampliación de los estudios jurídicos, y al poner al servicio de la causa de la independencia, la penetración de su inteligencia y el poder de su voluntad toma sitio entre los pares de la República y viste a Córdoba con su fe republicana y el prestigio de su innegable sabiduría.

Su influencia se prolonga, si no en la estructuración material de su plan que sufre las modificaciones de Castro y Baigorri, en el sentido democrático que se afirma en la enseñanza y en el culto a la libertad que distingue y perfila el trabajo sin tregua de su existencia afanosa.

En 1857 la Universidad que ya es Nacional desde la Ley de 11 de setiembre del año anterior, modifica sus planes y sus textos de enseñanza, Story penetra en los claustros como guía en el Derecho Constitucional, y Vélez que había sido discípulo de Saráchaga y José Felipe Funes, doctores de esta Casa, señala el camino del derecho patrio con el libro de Alvarez que adiciona.

En el 64 se formulan nuevas modificaciones y el 70 el régimen del Código significa para la Facultad de Derecho la acentuación definitiva de su orientación civilista.

Desde entonces el reinado del Codificador no sufre eclipses; a su obra se la investiga en sus orígenes, se la multiplica en sus cátedras, se la compara con otras leyes; en la filosofía jurídica se ahonda en la esencia de sus disposiciones, se la analiza, estudia, critica, modifica y admira. Y cuando sabios maestros proyectan el instrumento que ha de sustituirlo, juristas del país entero se reúnen en esta

Casa en Congreso de Autoridades, y en debate brillante le hacen justicia, le rinden el homenaje de su entusiasmo y aún creen hallar inspiración y enseñanza en la sombra de su estatua y la luz de sus escritos.

Del conjunto de tales enseñanzas que tenían la profunda virtud de habitar a los espíritus al razonamiento, de contener los excesos de las pasiones por el sentido moral que se imprimía a la conducta, de dar valor religioso al trabajo del hombre y significado trascendente a su paso por la tierra; de esa hermandad del cristianismo, de esa igualdad de derechos y nivelación de las almas por su destino futuro, hubo de formarse en gran parte ese espíritu de Córdoba amasado con tradición española de noble abo-lengo, influenciado por la naturaleza misma que fué con esta tierra tan generosa, que la llenó de dones, con un sentido de equilibrio extraordinario en la armonía y perfección de su belleza.

De esta mezcla de las almas y de la tierra, de cosas de los hombres y cosas de la montaña, de ascendencia ilustre y de cielo magnífico, del ambiente manso y del razonar profundo, acabó por tomar fisonomía propia aquel espíritu y plasmóse con un sello de señorío sin vanidad, de prudencia sin timidez, de firmeza sin alardes, de valor sin exaltación, y tomando rasgos definitivos se exhibe como ejemplo a la República en la acción del Deán, la serenidad de Paz y la madurez de Vélez.

Por eso se ha dicho con verdad que Córdoba será siempre su Universidad; sus vidas tienen raíces juntas y muy profundas en el seno de la historia, han crecido sin separarse y han evolucionado en armonía y cuando voces se alzaron para criticarla y a veces fueron eminentes y tan poderosas que tenían rugido de tempestad y fuerza de torrente, a ambas se las comprendió en el vejamen o se las hermanó con el agravio. Una y otra salieron ilesas del ataque

y respondieron enviando sus hombres a servir a la Nación para que ésta consolidara su independencia, constituyera su federalismo, construyera su vida jurídica o afirmara sus instituciones; y las rectificaciones van llegando y siempre confundidas en un homenaje a ambas. La leyenda de la oscuridad de su enseñanza antigua va disipándose ante el avance del mejor conocimiento histórico.

La sombra sobre su actitud respecto al pensamiento inicial de Mayo se desvirtúa con la voz de los archivos; por el contrario cada vez más se robustece la afirmación de Magnasco: "parece que aquí se deslizaran más diáfanos las corrientes de nuestra verdadera historia y se despierta con más potente vivacidad el recuerdo de esas leyendas y sus tradiciones que van cantando a través de los siglos, en el alma siempre sensible de los pueblos la nota tónica de su carácter y de su destino".

Unidad de vida que en vez de debilitarse se consolida en el curso de los años, pues mientras en la vieja ciudad que se transforma se acentúa el rumor de las fábricas, se levantan las chimineas, se multiplican las industrias, se exaltan las actividades, se agitan las concepciones que al mundo preocupan, en la vieja Universidad se amplían las doctrinas, se asientan nuevos métodos, se extienden las investigaciones, se especializan los estudios, se difunden los institutos; una y otra presididas siempre por el mismo espíritu que recibe la savia nutricia del humus fecundo en que se plantaran y que exhibe por la transformación necesaria de la vida y de los tiempos, la frondosidad magnífica de su haber cultural contemporáneo.

Y si haciendo fe en el ritmo que parece depararle su progreso en el curso de los siglos, Córdoba fuera una ciudad de millones de hombres que labraran en ella con afán la seguridad de su existencia, si como urbe magnífica apareciera a las corrientes de sus multiplicados visitantes, en-

cendiendo la admiración por las nuevas construcciones que marcaran el empeño laborioso de sus hijos; siempre para los de dentro como para los que llegaran de otros horizontes, la tradición y el alma de Córdoba estarán aquí, en esta Casa, en esta cuadra de la calle de Trejo, en este solar del Monserrat, de la Universidad y de la Compañía; los sitios antiguos de la formación, del estudio y de la fe. El primero que seguirá formando los espíritus en los principios del bien, —creámos señores que serán inmutables,— la segunda cultivándolos con el conocimiento de la ciencia en su afán de perfeccionamiento y la tercera dándole la serenidad innegable de su consuelo, pues cuando se la ignora pasa a veces a las almas como al cóndor ciego de la leyenda, que buscando el sol asciende rectamente y sube tanto, que fallece en la asfixia de la altura, sin conseguir la caricia de la luz.

Y si por el contrario abrimos el pensamiento a la idea de un porvenir sin esperanza, imaginamos una posible destrucción de la civilización de la cual nos enorgullecemos y si pensamos que la obra de los hombres o de la naturaleza pudiera sepultar en ruinas todo esto que amamos tanto, si el polvo en que se aventaran las obras venerables fuera a engrosar la tierra con el polvo de los huesos de muchas generaciones muertas y las nuestras aparecieran en la historia envueltas en la penumbra de siglos muy lejanos y en el solar de la enseñanza sólo habitara el recuerdo a la sombra de restos informes, o árboles nuevos nacidos en esta tierra consagrada a la inteligencia, tengamos por cierto para nuestro consuelo que el caminante que llegara aquí buscando la emoción del pasado, siempre encontraría en la información de algún niño que es el candor, o en la de un viejo que es la experiencia, la respuesta cierta y justiciera: sí, aquí señor, hace muchos siglos que existió una Universidad, que la fundara un obispo, que du-

rante años enteros esparció su luz; sus maestros, en gran parte eran afamados como doctos. Confiemos, señores, en que seremos dignos, nosotros y los que nos sucedan, de que pueda el informante del porvenir continuar diciendo: la tradición es también que todos, maestros y alumnos, eran hombres de bien porque amaron sin reservas a la humanidad y se dieron por entero al servicio de la Patria.

Hay funciones que tienen más perduración que las ciudades, porque llevan en ellas mismas el sentido de lo espiritual, porque son destinadas a pasar de unas almas a otras en una sucesión sin término.